

# Biblioteca-Films

Selección

**NAPOLEON**

50 cts



Albert  
Dieudonné

Ginas  
Manes

## BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

Redacción, Administración y Talleres:

**Calle Valencia, 234-Apartado 707**

Centro de Reparto de Suscripciones: Barberá, 16

**B A R C E L O N A**

AÑO V

*APARECE LOS MARTES*

ENVÍADA POR LA PRIMA CRUCERA

Núm. ext.

# NAPOLEÓN

Adaptación en forma de novela de  
la película del mismo título, dirigida  
por el célebre y glorioso director

**A B E L G A N C E**

.....  
E X C L U S I V A

*Vilaseca y Ledesma, S. A.*

*Vía Layetana, 53* *Barcelona*  
.....

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA



## REPARTO

Napoleón Bonaparte.	<b>ALBERT DIEUDONNÉ</b>
Josefina de Beauharnais	<b>GINAS MANES</b>
Barras	<b>MAXUDIAN</b>
Robespierre	<b>Edmond Van Deeke</b>
Madame Recamier.	<b>Suzy Vernon</b>
Charlotte Corday	<b>Marguerite Gance</b>
Madame Royale	<b>Janine Penet</b>

*NOTA. Todos los párrafos señalados con asterisco han sido tomados literalmente de la Historia.*

**NAPOLÉON I**, Emperador de los Franceses, uno de los más grandes capitanes que han existido. Nació en Ajaccio (Córcega), el día 16 de Agosto de 1769, hijo de padres nobles, pero pobres, estudió en el colegio militar de Brienne, de donde salió a los 18 años de edad, con el grado de teniente de artillería. Era capitán cuando se distinguió de tal modo, en el sitio de Tolón (1793), que fué ascendido a general de brigada. Sus relaciones con los Robespierres fueron causa de que le dejaran en situación de reemplazo, y pasó en ofrecer sus servicios en Turqua, pero protegido por Barras, salvó la revolución del 18 vendimario, por lo que fué ascendido a general de división.

Casó entonces con Josefina Beauharnais, y a propuesta de Carnot, se le confió el mando en jefe del ejército de Italia. Rodeó los Alpes venció a los austriacos y piamonteses en Montenotte, Millesimo, Rivoli, Lodi, Arcelle y Mondoví, llevando a cabo las más admirables de sus campañas. Con el armisticio de Cherasco, aseguró los piamonteses y ocupó la Lombardia de donde arrojó a los austriacos.

Derrotó a los generales Melas, Wurmsar, Baulieu, Alvinci y Provera, penetró en Austria y puso fin a la guerra, con el tratado de Campoformio (1797). Sus inauditas hazañas excitaban la admiración de sus conciudadanos y la desconfianza del Directorio y éste procuró alejarlo, confiándole el mando de la expedición a Egipto. Allí tomó Alejandría, entró en el Cairo y se lanzó sobre la Siria, pero, sabedor de que en Francia y en Italia ocurrían graves desórdenes, abandonó su ejército victorioso, regresó

a París y derroca al Directorio el 18 de brumario (9 de noviembre de 1799), constituyendo un nuevo gobierno compuesto de tres cónsules. Nombrado cónsul por 10 años, con Cambaceres y Lebrun, reorganizó la administración y la hacienda, escaló las Alpes, venció a los austriacos en Marengo (1800), y firmó las paces de Luneville y de Amiens y un concordato con Pio VII (1801).

Luego se hizo nombrar cónsul vitalicio y más tarde emperador (1804) y rey de Italia. Las naciones se coligaron contra él, obligándole a una tercera campaña y verdadero rayo de la guerra derrotó a los ejércitos de la coalición, en Austerlitz (1805), en Gena (1806) y en Friedland (1806). Las paces de Presburgo y Tilsit (1807), pusieron fin a la guerra. Con las provincias tomadas al imperio germánico, formó la confederación del Rin.

En 1808, entró en España, comenzando una guerra que hizo palidecer su estrella. Con las victorias de Espling y Wagram (1809), deshizo la quinta coalición y firmó la paz de Viena. Divorciado de la emperatriz Josefina (1809), casó el año siguiente con la Archiduquesa de Austria, María Luisa, de la que tuvo un hijo (1811) el rey de Roma.

En 1812 emprendió la campaña de Rusia, que fué desastrosa para Francia, y vencido en Leipzig por los aliados que llegaron hasta París en 1814, tuvo que abdicar en Fontainebleau y retirarse a la isla de Elba. Poco después (1815), abandonó su retiro, desembarcó en Francia y recuperó el trono, que sólo pudo conservar cien días, derrotado en Waterloo, abdicó por segunda vez y se entregó a los ingleses, quienes le deportaron a Santa Elena, donde murió en el año 1821.

## PRÓLOGO

*Era el invierno de 1781, la nieve había extendido su blanco sudario sobre la pequeña población de Brienne y el antiguo convento de los padres Minimos se hallaba también envuelto por la olvea capa que cubría todas las cosas.*

*En el patio interior del inmenso caserón de los religiosos, todos los alumnos se divertían jugando con la nieve, animados por los buenos Padres en aquellos combates inofensivos.*

*Entre todos ellos se destacaba un chiquillo, por la tranquilidad con que daba sus órdenes y por la autoridad que parecía ejercer sobre los que formaban su pequeño ejército. Era este Napoleón Bonaparte, que tenía entonces once años de edad. Había jurado resistir con solo diez compañeros en un fortín construido por el mismo y hacia frente a los ataques de los cuarenta artilleros del grupo*



contrario, mandados por Felipeaux y Peccaduc, dos enemigos declarados de Napoleón y que, por un raro capricho del Azar, volveremos a encontrar alzados contra él, durante quince años después, en la mayor parte de los campos de batalla del Imperio.

\*En aquella edad temprana, el niño poseía ya una maestría y una serenidad inconcebibles. Inmóvil en medio de la lucha, dictaba los movimientos, y cuando se encontraba en peligro de ser vencido, conjuraba a la suerte con una sonrisa.

\*Los jefes contrarios, al ver que la victoria se decidía por Napoleón, buscaron un medio para que abandonasen el campo, y este fué el de no envolver con la nieve unas cuantas piedras, encontradas casualmente en un rincón del patio. Pero Tristán, el único amigo que el pequeño Napoleón tenía en el colegio, vió las perversas intenciones de los contrarios y llamó la atención de su compañero, diciéndole:

¡Cuidado, Napoleón! ¡Felipeaux pone piedras en las balas!

Una de éstas cayó en aquel momento a los pies del joven general y pudo comprobar que la advertencia de su amigo era cierta. Pero, así y todo, la victoria terminó a favor de Napoleón.

Aquella nueva hazaña del corso, suscitó aun más la envidia y el odio que hacia él ex-

perimentaban todos los alumnos e incluso de sus profesores que, considerándole como un extranjero mal criado, sentían la misma antipatía por aquel niño extravagante, urado y orgulloso, que vivía en una especie de aislamiento salvaje.

Esta hostilidad de que se veía rodeado le hacía añorar aun más su casa y su familia. Y aquella noche, cuando todos estaban acostados, Napoleón escribió una carta a sus padres, dejando entrever en aquellas líneas toda la amargura de que se hallaba llena su alma.

Referiales su vida en el colegio, y le decía finalmente:

Yo soy muy desgraciado aquí y mi corazón no está hecho para esta gente que me rodea (1).

Tengo paciencia, porque quiero volver un día a la libertad de mi país. El Destino de un Imperio tienta a menudo a un hombre.

Napoleón.

Felipeaux y Peccaduc, que espiaban los actos de su odiado rival, vieron que éste escondía bajo la almohada de su cama el escrito y corrieron a denunciarlo a los profesores.

—Napoleón ha escondido unos papeles en

(1). Carta histórica, cuyo autógrafo se conserva.

su cama—les dijeron. Y por aquel acto, el pequeño fué castigado toda la noche.

Buscó consuelo en su mejor amigo, que estaba en la pobre buhardilla de *Tristan Fleuri*, el pinche de cocina. Era aquél un sovecito ejemplar del rey de las aves, regalo de su tío *Paravicini*, gran cazador de águilas en *Ajaccio*; pero hasta allí lo persiguió el odio de sus dos mortales enemigos, quienes, aprovechando el momento en que *Napoleón* fué a cambiar el agua al animal, para darle suelta.

La ira del futuro Emperador no tuvo límites cuando vió la nueva acción de sus compañeros, desoyendo las órdenes de los superiores, entró otra vez al dormitorio general, gritándoles:

—¿Quién es el que ha hecho escapar a mi águila? ¿Ninguno contestáis? ¡Pues bien, si todos estáis conjurados contra mí, a todos os reconozco culpables y os desafío!

Sus gritos trajeron a los profesores, pero también contra ellos se insubordinó *Napoleón*; y aquella noche, expulsado del colegio, tuvo que dormir el pobre muchacho bajo los arcos del edificio, a donde, como compañero inseparable, fué a reunirse el águila que debía ser desde aquel día memorable, el símbolo de toda su vida.

## PRIMERA PARTE

Han transcurrido once años. Francia se hallaba en aquella época en plena Revolución y las palabras "Libertad, Igualdad y Fraternidad" embriagaban a las masas, como un vino demasiado fuerte, y la exaltación que la elocuencia de los oradores despertaban en los espíritus, tenía algo de llama y algo de torrente...

En el "Club des Cordeliers" había aquel día ese ambiente de expectación que precede a los grandes acontecimientos. Se esperaba el discurso de *Robespierre*, y el público aguardaba impaciente la aparición de aquél.

El secretario de *Dantón*, *Camilo Desmoulin*, trataba de apaciguar los ánimos, cuando vió que un oficial recién llegado, traía y repartía unas cuantas hojas de papel entre el público.

—¿Quién os dió permiso para repartir estas hojas, y quién sois?—preguntó *Desmoulin* al oficial.

—Soy un enviado de *Dietrich*, que me ha



encargado que traiga esto a Danton—repuso el interpelado.

—Esperad a que él vea el escrito y absteneros, mientras tanto, de continuar repartiendo estas hojas—terminó diciendo el secretario de Danton, a la vez que se dirigía en busca de éste, para transmitirle lo que acababa de decirle el oficial.

En una habitación inmediata de la sala, donde se celebraban las asambleas, Marat y Danton discutían en la forma violenta que ellos solían hacerlo, mientras que Robespierre, con su fiera habitual, intentó poner fin a la discusión, exclamando:

—¡CHARLATANES!

No dió lugar a que ninguno de los aludidos pudiesen responder, porque Desmoulins entró en aquel instante, y acercándose a Danton le entregó una de las hojas que se habían repartido, y le dijo:

—Vuestro amigo Dietrich os manda a un oficial del ejército del Rhin, autor de esta canción que cree de utilidad para el pueblo. ¿Pueden repartirse las copias entre el público?

Leyó el escrito aquel idolo del pueblo francés y salió inmediatamente en busca del autor.

—Habéis escrito con vuestra canción la página más vibrante de la Historia de la



Marat y Danton, discutián en forma violenta...

Revolución—le dijo abrazándolo y haciéndole subir a la tribuna.

El tumulto entre los asambleístas era cada vez mayor, pero Danton supo imponerse, como siempre, gritando:

—¡Escuchad!

Las almas, en tensión, adivinaban confusamente que iba a escribirse una página gloriosa en la Historia del Mundo. Un silencio sepulcral se hizo instantáneamente, y sobre aquellas cabezas hirsutas vibraron, con violencia de clarines, con la energía de labiga-



Las notas vibrantes de *La Marsellesa* enardecían los ánimos.

zos, las palabras y el ritmo de la "Marsellesa".

La emoción había llegado al máximo de la intensidad. Los corazones se hallaban oprimidos por un sentimiento de nobleza incomparable, y un teniente, destacándose del grupo de todos, se adelantó hacia el cantor y le preguntó:

—¿Cómo os llamáis?

—Rouget de Lisle—contestó el otro.

—¡Gracias en nombre de Francia, señor!—volvió a decirle el teniente, estrechando

conmovido la mano del autor de la canción.— ¡Vuestro himno reemplazará a millares de cañones!

—Decidme vuestro nombre, teniente, para que me acuerde de vuestra predicción—inquirió a la vez el oficial del Rhin.

Y con un acento seco, como quien le cuesta trabajo pronunciarlo, respondió:

Napoleón Bonaparte.

Habían sido demasiado fuertes las palabras del himno nuevo, para que el pueblo pudiese permanecer más tiempo sujeto bajo la influencia, y Danton, imponiéndose nuevamente, gritó:

—¡Calma, pueblo... calma!... ¡Aprendamos esta canción, hijos míos!

Y nuevamente las notas vibrantes de "La Marsellesa" enardecieron los ánimos y la asamblea se vió sujeta bajo el influjo arrollador de aquella canción que le ofrecía un mundo completamente nuevo.

## *Don Quijote de la Mancha*

La famosa obra que ha dado la vuelta triunfal al mundo entero

Selección de Biblioteca Films - Precio: 50 cts.



## SEGUNDA PARTE

Volvió Napoleón Bonaparte a su país natal, y los cascos de su caballo hollarán la tierra de Córcega, la isla de sus sueños de colegio, donde estaba su casa, su familia, su madre Leticia, sus hermanos José, Luciano, Luis, Jerónimo, Elisa, Paulina y Carolina y donde estaba también su enemigo Pozzo di Borgo, síndico secretario del Gobernador Paoli. En aquellos días, de continua agitación, toda la cuestión de los corsos estaba en saber si Córcega llegaría a ser inglesa, según el deseo de Paoli, o si seguiría francesa, según el de Bonaparte.

El gobernador Paoli, un anciano vendido a los ingleses y entregado por completo a los manejos de Pozzo, se resistía a declarar la rebeldía de Napoleón. Pero fue tanta la insistencia de su secretario que terminó al fin por ceder a sus deseos y publicó un edicto que decía:

"Se ordena a las autoridades civiles y militares ponerse en persecución de Napoleón



Volvió Napoleón a su país natal, junto a su familia.

Bonaparte, traidor a su patria. Quien lo entregue muerto o vivo recibirá un premio de 500 libras.

Por la Consulta Corsa,

Paoli."

Y esta misma efervescencia que reinaba en el palacio del Gobernador, se reflejaba en la célebre hostería de "Moulin Il Re", donde entre trago y tajada, se ocupaban de política los inquietos temperamentos corsos.

Cada grupo gritaba, según sus ideas. Unos apoyaban a España gritando:

\*—¡Nuestra patria es España con Buttafuoco! ¡Muera Napoleón Bonaparte!

Otros decían:

\*—¡Nuestra patria es Inglaterra con Paoli! ¡Muera Napoleón Bonaparte!

Y otros exclamaban:

\*—¡Nuestra patria es Italia con el Duque de Saboya! ¡Muera Napoleón Bonaparte!

Las opiniones eran diferentes respecto a la patria que debían elegir, pero, sin embargo, todos estaban conformes con la muerte de Napoleón.

Cuando mayor era la algarabía, que a duras penas pretendía calmar di Borgo y sus soldados, apareció Bonaparte. Su presencia fué suficiente para que todos aquellos que gritaban, enmudeciesen de repente y el Gran Genio dominándoles con su mirada de ave de rapiña, les dijo:

\*—¡Nuestra patria es Francia!... ¡Conmigo!

\*—Si vosotros fuéis capaces de comprender con qué sueño se entusiasma mi alma, me seguiríais todos en vez de maldecirme!... Francia, amigos míos, es la madre de todos nosotros... Creedme. Vendrá un hombre que sabrá reunir en su cerebro todas las esperanzas de la nación, y entonces bendeciréis a



Toda la cuestión estaba en el Córcega aerio inglés.

quien supo inflamaros del único amor verdadero.

Pero su enemigo no podía dar crédito a sus palabras, ni quería tampoco que Napoleón pudiese escapar, cuando ya lo creía casi en su poder. Dió órdenes a sus soldados para que le prendieran y Bonaparte, ganó la ventana, saltó sobre su caballo y huyó hacia el palacio de Paoli, en el mismo momento en que éste acababa de declarar la guerra contra Francia.

Se presentó de súbito ante todos los Con-



sejeros, que retrocedieron alarmados y mostrándoles la bandera que acababa de arrancar del asta del edificio, donde se había enarbolado, les dijo:

—¡Me llevo esta bandera! ¡Es demasiado grande para vosotros y no os la merecéis!

El anuncio de la declaración de guerra, unido a la fuga de Bonaparte, dió aquella noche a la ciudad de Ajaccio un aspecto de inusitada animación. Por todas partes corrían sus habitantes con grandes hachas encendidos, para facilitar la persecución de Napoleón, mientras que éste, seguido por los hombres de Paoli, huía en busca de la libertad.

Después de varias horas de frenética carrera, se vió ante la inmensidad del mar. El que siempre había sido su amigo tendía ahora sus brazos al fugitivo, ofreciéndole una esperanza de salvación.

Saltó sobre una pequeña lancha que había en la orilla... ¡Ni velas ni remos encontró en ella! No obstante, se sirvió de la bandera que acababa de quitar, para emplearla y, señalándola, les dijo a sus perseguidores, a guisa de despedida:

—¡Yo os la volveré a traer un día!

Y así, el día 26 de mayo de 1793, en la torre del Capitolio, después de una persecución épica, Napoleón hizo rumbo hacia alta mar en la góndola del patricio Ucciani.



—¡Nuestra patria es Francia! ¡Conmigo!

El peligroso "siroco" avanzaba lentamente, jugando con las olas, convirtiéndolas en montañas coronadas de espumas y Napoleón temiendo la tempestad, procuraba ir siguiendo la costa.

Impulsado vertiginosamente hacia alta mar iba a empezar su lucha formidable contra el Destino, mientras aquella noche, al mismo tiempo, otra terrible tempestad se desencadenaba en la Convención. La asamblea se sentía bajo el rayo de la palabra de Robespierre, que terminó diciendo:

—¡Mi conclusión, es un decreto de acusación contra todos los Girondinos!

Y desde aquel momento, la guillotina, esa máquina infernal, inventada por los tres ídolos de la Revolución, hizo su aparición, para empezar su obra de exterminio, que había de asombrar al mundo entero.

Al día siguiente, en un velero que llevaba el nombre simbólico de "El Azar", viajaban dos hermanos de Bonaparte, y el Destino puso a la vista de ellos una barca donde Napoleón yacía vencido por la debilidad y por la larga lucha contra los elementos.

Cuando fué recogido y vuelto en sí, por la tripulación del velero y por sus hermanos, Bonaparte no tuvo más que un solo pensamiento, su familia, y gritó desesperado:

\*—¡Mi familia... pronto, pronto... a su socorro... en apresto!

Algunas horas después, la familia de Napoleón, salvada de las represalias de los corsos, se hallaba en seguridad en el veletero, que llevaba hacia Francia a un futuro Emperador tres Reyes y una Reina.

Los buques ingleses, en uno de los cuales prestaba sus servicios Nelson, otra gran figura que se iba formando para la Historia, vigilaban las aguas del Mediterráneo y no tardaron en descubrir al "Azar", que viajaba sin pabellón.

—Capitán, permitidme hundir ese velero que navega sin pabellón —le dijo Nelson a su jefe, quien despectivamente le contestó:

\*—No, amiguito Nelson. Fugitivos de tan poca importancia no merecen que gastemos nuestras municiones.

En Francia esperaban a Napoleón enemigos no menos encarnizados que los de Córcega; uno de ellos era su compatriota Salicetti, que, ciego de envidia, odiaba a muerte al genio corso, y que fué a mendigar a Robespierre el favor de someter a proceso a Bonaparte; pero el gran revolucionario, el más astuto de todos, antes de acceder a sus deseos quiso probar a Napoleón y le dijo:

\*—Propondré a Napoleón el mando de la guarnición de París en lugar de Henriot. Un hombre de la energía de Bonaparte es lo que necesitamos en París, si refusa, entonces te lo entrego.



Pero Napoleón rehusó el ofrecimiento de Robespierre, escribiéndole a Salicetti una carta que decía:

“Al ciudadano Salicetti:

No quiero tomar el mando de la guarnición de París. ¿Qué haría yo en esta galera?”

Le faltó tiempo al encarnizado enemigo para darle a Robespierre conocimiento de la carta que acababa de recibir y falsificando su contenido le dijo:

—Bonaparte ha rehusado el mando de la guarnición de París. Dice que no quiere defender a un hombre como vos.

Y por este hecho, Napoleón Bonaparte, fué sometido a proceso, en unión de otros tantos desgraciados.

#### *Selección de BIBLIOTECA FILMS*

Acaba de publicar la más grande novela que se ha adaptado a la pantalla

## **B E N - H U R**

y que ha consagrado al joven actor

**RAMON NOVARRO**

**50 cts.**

Solicite ejemplares antes que se agoten a BIBLIOTECA FILMS, Avda. 707, Barcelona

### TERCERA PARTE

Eran los días del Terror, y entre sus llamas sangrientas surgió una figura de mujer; Carlota Corday, que en la casa de Marat, se disponía a cometer el crimen que hizo su nombre inmortal.

Hallábase el tercer jefe de la Revolución dentro de su baño caliente, cuando se presentó su hermana, diciéndole:

—Una joven llegada de Rouen insiste en verte para darte una lista de sospechosos.

—¡Que entre!—ordenó Marat—. Pero su hermana, poseída de un extraño presentimiento, se atrevió a aconsejarle:

—Creeme hermano, no la recibas.

—¡Te he dicho que entre y procura no meterte en donde no te importa!—exclamó iracundo el revolucionario.

—¿Por qué vienes a molestarme a esta hora?—le preguntó Marat a la Corday, cuando estuvieron solos.

—Tengo que entregaros una lista de sospechosos—respondió y a la vez que se incli-

naba para entregarle la hoja de papel, hundió el puñal que llevaba oculto, en el pecho del revolucionario, que quedó muerto en el acto. Su venganza estaba satisfecha. Todos sus familiares que habían caído bajo la guillotina por aquella odiada revolución podían estar satisfechos de que su muerte había sido vengada. Mas al salir la asesina de la habitación, cayó en manos de los partidarios de Marat y su cuerpo fue pasto de la voracidad de aquellos foragidos.

El Terror prolongaba cada noche su sombra roja sobre las paredes de los sospechosos y veinte y dos guillotinas funcionaban en París permanentemente.

Era Saint-Just, el hombre más terrible del Terror, quien anotaba centenares y centenares de nombres en sus listas rojas, destinadas a dar sin cesar nuevas víctimas a las infernales máquinas de martirio.

Iban cayendo los ídolos que parecían indestructibles: primero Marat, bajo la mano de una mujer, luego Dantón, por la máquina que el mismo había creado.

De nada sirvió que el pueblo clamase gracia para Dantón. Robespierre detrás de las persianas vió la carreta que conducía a su compañero político hacia la muerte y oyó las palabras de desprecio de éste que le dijo:

—Infame Robespierre, el patíbulo te reclama! ¡Tú me seguirás!



Marat quedó muerto en el acto.



Tuvo un momento de indecisión, del que pronto se repuso y siguió tomando los nombres de los acusados por Saint-Just, que continuó ofreciéndole las carpetas de los acusados, en una de las cuales aparecía el nombre de la vizcondesa Josefina de Beauharnais.

Y de esta forma, la misteriosa casualidad de los destinos, hizo que Josefina y Napoleón se encontrarán, por primera vez, en el umbral de la muerte, en la prisión del Fort Carré d'Antibes.

Allí Napoleón mascaba siempre como un león enjaulado, esperando, sin temor y sin ansiedad, el momento de que su cabeza fuese reclamada por el verdugo.

También Josefina de Beauharnais, la mujer espiritual, que más adelante debía ser amada apasionadamente por el Águila de Córcega, separada brutalmente de sus hijos Eugenio y Hortensia lloraba su triste suerte.

En medio de su dolor, un alma noble tuvo para ella palabras de consuelo y la pobre mujer, para bendecir el nombre de aquel ser que procuraba animarla le preguntó:

—¿Pero quién sois vos, señor, que así os compadeceis de mí?

—Soy el general Hoche, señora.

Y una amistad sincera, llena de pureza, unió aquellos dos seres que la desgracia había reunido. En su celda, Napoleón recibió la desagradable visita de Salicetti. No se con-

tentaba este con haber perdido a su enemigo su odio, para verse satisfecho, necesitaba gozar con el dolor de su víctima, y al verlo estudiando varios documentos, le preguntó irónicamente:

—¿Estás preparando tu defensa?

—No—respondió secamente Napoleón—. Buscaba la ruta de las indias por la apertura de un canal en Suez.

En el transcurso de aquellos años, desde la niñez de Bonaparte, hasta la fecha, todo había cambiado en Francia, y Tristan Fleuri, el pinche del colegio de Brienne, había conseguido del Terror un empleo, aunque éste era poco agradable. Consistía en acompañar a la guillotina a los reos y por consiguiente, fue Tristan el encargado de leer las listas de los que debían ser decapitados, el día en que nuevamente volvemos a encontrarlo.

Subido en un taburete de madera iba leyendo los nombres y decía:

—¡Lusila Desmoulins!

—¡De Beauharnais!

Ayudada por Hoche salió Josefina, pero al mismo tiempo se presentó su esposo de quien hacía dos años que estaba divorciada y Tristan, volvió a leer la lista diciendo:

—En la lista no dice más que "de Beauharnais" sin nombre... Yo no necesito más que una cabeza. Arreglaos como podáis.



Entonces el vizconde se adelantó hacia su esposa y muy en tono con las costumbres de aquel siglo, exclamó:

—Por una vez, señora, permitidme que no os ceda el sitio.

Se entregó a los soldados y se despidió de su esposa diciéndole:

\*—Mis adioses a nuestros hijos.

Por fortuna para los condenados a muerte en la oficina de registro de procesos estaba La Bussiére, un extraño personaje que, por humanidad, se dedicaba a tragar los documentos de acusación y que arriesgaba a cada momento su cabeza para salvar la de desconocidos; y La Bussiére se tragó la acusación contra Josefina, que debió su salvación a la abnegación de este héroe extraordinario.

Su compañero de mesa era, en los ratos que tenía libres Tristán Fleuri, en cuyas manos cayó la orden de ejecución de Napoleón y que, al leer aquel nombre, recordó a un colegial de Brienne a quien él profesaba gran cariño.

—Cómete este también—le dijo a La Bussiére y entre los dos hicieron desaparecer aquel terrible documento que reclamaba la cabeza de Napoleón Bonaparte.

En la Revolución Francesa el mes de Termidor, marcó una nueva era. El pueblo, hartado de sangre, gritaba: ¡Basta!, y el telón em-

pezó a caer lentamente sobre la época del Terror.

\*En el "Club des Cordeliers", el pueblo atronaba con sus gritos de ¡Muera Saint-Just! ¡Muera Robespierre! Y sobre todas aquellas voces surgió la de Saint-Just gritando:

—¡Chacales! ...¡silencio!

Cuando al fin se pudo hacer oír siguió diciendo:

\*—Cierto, confieso nuestras debilidades. El ejercicio del Terror ha estragado el crimen como los licores fuertes estragan el paladar. ¿Pero olvidáis que durante este tiempo nosotros hemos torjado una Francia nueva y dispuesta a vivir? Nuestro gobierno ha dado por fruto doce mil decretos, de los cuales dos tercios tienen un fin humanitario, y lo hemos hecho, luchando contra la Vendée, ese buitre insaciable, y contra las conspiraciones de la nobleza. Podeis esparcir nuestros miembros a los cuatro vientos: "De ellos surgiran repúblicas! Yo desprecio el polvo que me compone y que os habla! ¡Os lo doy!

Aquellas palabras calmaron los ánimos de todos. Era demasiado enérgica la elocuencia del orador y sus frases llegaron a realizar el milagro de que los mismos que momentos antes pidieran su muerte, fueran ahora los primeros en aplaudirlo. Pero este chispazo de retroceso duró pocas horas y al día siguiente



un nuevo tribunal condenaba a muerte a Robespierre, a Saint-Just, Couthon, Henriot y a todos los robesperistas.

Y dos horas después, los sentenciados a muerte por el Terror, al volver a la libertad, sentían como nunca el goce de vivir.

---

No haga el ridículo en sociedad  
¿Quiere usted aprender a bailar?

Adquiera hoy mismo nuestros métodos prácticos y sencillos de

## Charleston y Black Bottom

25 céntimos cada método

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Pagamos por remitan cinco céntimos para el certificado

## CUARTA PARTE

Por aquellos días Tolón, amenazado por los ejércitos aliados, era escenario de sangrientas luchas políticas, y vivía el drama que pasó a la Historia.

Napoleón, que acababa de ser nombrado capitán ayudante de artillería, encontró los ejércitos de la República en un estado de abandono que desafiaba a toda imaginación.

La República había cometido la gran equivocación de hacer que hombres civiles dirigiesen los grandes movimientos militares. Así, el pintor Carteaux, era general en jefe de los ejércitos que sitiaban a Tolón.

Hombre más dado al arte que a sentir los ácidos sentimientos de la guerra, tenía a las tropas en completa desorganización, y Napoleón abarcó, de una sola mirada, el estado lamentable en que se encontraba aquel ejército adonde había sido destinado.

Las piezas de artillería, las pocas con que contaban, sucias de polvo y tierra, no ofrecían la menor garantía para sostener la más

pequeña escaramuza. Aquello, más que un ejército de operaciones, parecían comparsas de un teatro preparados a representar una comedia.

Cuando Napoleón se presentó ante el general en jefe, éste le preguntó indiferente:

—¿Qué venís a hacer aquí, joven?

—Vengo a mandar, como ayudante, la artillería de sitio, mi general—repuso Bonaparte.

—La artillería ¿dice?—le contestó Car-teaux, dando una idea del aprecio que hacía de este poderoso medio de lucha.

—¿Pero si nosotros no la necesitamos!... ¡Tomaremos Tolón con arma blanca!

—Me parece que será algo difícil lo que pensáis—exclamó Napoleón—. Sin artillería, mal podréis hacer frente a los aliados.

La contestación de aquel joven oficial, que expresaba en sus palabras una energía extraordinaria, sorprendió al general, que le volvió a preguntar:

—En mi lugar, ¿qué es lo que harías, pequeño?

Bonaparte recorrió con el dedo el mapa de operaciones que había extendido en la mesa, ante los demás generales, y señalando el lugar que debía ser atacado, fué indicando y desarrollando el plan de operaciones que debía seguir.

Los demás generales seguían sus movi-

mientos con gestos de manifiesta incredulidad, y cuando hubo terminado el mismo Car-teaux, soltando una gran carcajada, exclamó:

—¡La verdad, capitán, no estáis muy fuerte en geografía! Y os voy a dar un consejo recomendándoos que no lo olvidéis. ¡En primer lugar, la artillería es inútil, y en segundo... es desagradable a los oídos!

Adiestrando hombres y caballos, Napoleón desplegó un celo increíble y por instigación suya, algún tiempo después, el incapaz Car-teaux fué substituido por el bravo Dugommier, que no tardó en darse cuenta de las cualidades excepcionales de su capitán de artillería.

Desde la llegada del nuevo jefe, en el campamento empezó a notarse la actividad propia de un hombre de guerra, como era Dugommier y los preliminares, las primeras escaramuzas, para tomar Tolón empezaron a los pocos días.

Napoleón no faltó a ninguno de estos pequeños combates, preparando, sin un momento de distracción, ni de descanso, el material de la artillería, coordinando, ajustando las partes y esperando el momento definitivo de entrar en acción.

Este celo desplegado por Bonaparte, le mereció la recompensa que un día le otorgó el general en jefe, quien le dijo:



—Capitán Bonaparte, os nombro comandante en jefe de la artillería.

Una vez absoluto del mando de la artillería, Napoleón estableció dos baterías a la orilla del mar, llamadas batería de la Montaña y los "Sans-Culottes", lo que obligó a los barcos enemigos a evacuar la rada.

Siempre el primero en el fuego, Bonaparte prosiguió avanzando con audacia insensata, hasta la "Grosse Tour", donde aisló la guarnición, y el 17 de diciembre de 1793, cuando toda Europa tenía sus ojos puestos en Tolón, el general Dugommier reunió a sus oficiales para estudiar el modo de asaltar definitivamente la ciudad.

Fueron preguntados todos los jefes, y cuando le tocó el turno a Napoleón, exclamó esto con la brusquedad de su carácter:

—¡Yo ordeno o me callo! Mi parecer es que el asalto se realice hoy mismo a media noche.

—¿Estáis todos de acuerdo?—preguntó el general en jefe a los demás; y una vez obtenida la afirmación de todos, quedó aprobada la proposición de Bonaparte.

Entre tanto, se celebraba un consejo de guerra en el campamento enemigo, que evocaba, por su mezcla de idiomas, la confusión de la torre de Babel.

Entre todos los jefes aliados reinaba el mayor optimismo, y ninguno dudaba, ni por

un solo instante, de que la victoria estaba de parte de ellos.

Llegó la noche, noche tormentosa, que no impidió que empezaran los preparativos del combate para el asalto.

A las siete de la tarde empezó la marcha del ejército, para empezar el asalto a las cinco de la mañana.

Por el voto del soldado, Napoleón fue investido del ejercicio del mando, a pesar de haber varios generales presentes. Antes de la hora señalada, Napoleón dió la señal de ataque a la artillería, y desarrollando entonces un magnífico plan de ataque, lanzó las columnas de Victor y Delaborde contra las alas aliadas, reservándose para sí mismo el ataque contra los ingleses.

Dugommier no quiso secundar los planes audaces de Napoleón, y esto, unido a su herida, por fortuna poco grave, produjo la retirada de las tropas francesas.

En aquellos momentos, los convencionales que asistían a la batalla, creyendo inminente la derrota de las tropas francesas, decidieron suspender el asalto, y empezaron a censurar el plan de Napoleón, diciendo:

—¡Bonaparte acaba de cometer el crimen más grande de la historia! Ha sido tan enorme su locura, que su cabeza no bastará a pagarla.

Influído por este ambiente de hostilidad



hacia Napoleón, Dugommier ordenó suspender el ataque, pero Bonaparte no hizo caso de la orden y continuó el sitio.

Jamás Napoleón mostró una intrepidez semejante en el curso de sus otras campañas. Estaba en todas partes, lo veía todo, se basaba a todo. Los relámpagos del cielo y de los cañones le rodeaban, y entonces puede decirse que fué cuando el gran corso se encontró en su propio elemento: en el fuego.

Y en medio de la obscuridad de la lluvia, de un viento espantoso; en medio del desorden, de los cadáveres, de los gritos de los heridos y de los moribundos, se llegó a la lucha cuerpo a cuerpo, sin otras armas que las blancas. Se combatía con locura, con delirio insensato, y el sentido humano había desaparecido para convertir a los hombres en fieras insaciables.

A las setenta y ocho horas de combate en medio del fango y de la tempestad, las tropas francesas se apoderaban, a las cuatro de la mañana, del último reducto inglés.

—¿Los tambores! ¿Dónde están los tambores?—gritó Bonaparte, para animar a los soldados.

La Naturaleza en forma de granizo, secundó el propósito de Bonaparte, animando a los combatientes.

Poco antes del amanecer, desde lo alto de l' Aiguillette", uno de los más grandes es-

pectáculos que debían herir la imaginación de Napoleón, se ofreció deslumbrante a su vista, y el caudillo vencedor, para descansar de la fatiga de la lucha, se tumbó en tierra, y quedó dormido con la cabeza recostada sobre un tambor.

\*\*\*

Los vendeanos, fieles a la causa del realismo, seguían siendo un peligro para la Revolución, y Bonaparte, a quien Aubry, el Ministro de la Guerra, acababa de dar un nombramiento de general de Infantería en la Vendée, se negó a aceptarlo.

Su negativa enfureció a Aubry, que llamó al general Hoche, para darle cuenta de la conducta de Bonaparte, diciéndole:

—El general Napoleón Bonaparte se niega a ponerse a sus órdenes.

No era Hoche hombre que se dejase llevar por las apariencias. Hombre de inteligencia clarísima comprendió que alguna razón debía apoyar la negativa de Napoleón y le preguntó:

\*—¿Os molesta hacer la guerra bajo mis órdenes en la Vendée?

—Cuando doscientos mil extranjeros violan nuestras fronteras, me molesta, en efecto, hacer la guerra a los franceses.

Aquellas palabras encerraban una amarga,



pero cierta verdad, y Hoche, estrechando la mano de Napoleón, salió de la estancia, mientras que el Ministro firmaba una orden dejando a Bonaparte fuera del servicio activo.

La amistad nacida entre las negras paredes de la prisión, seguía uniéndolos con dulces lazos al general Hoche y a Josefina de Beauharnais, y en aquel instante amargo de su vida Napoleón, al pasar cerca de la pareja, quedó preso en las redes de seducción que, sin proponérselo, le tendía Josefina.

\*Pasaron algunos meses y Bonaparte, obscuramente agregado a la oficina topográfica del ejército, aportó a Fontecoulant los admirables planos de la campaña de Italia.

Cuando aquel los examinó, no pudo menos que exclamarse admirativamente y acto continuo los envió al general en jefe del ejército que operaba en Italia, quien riéndose de ellos los devolvió con una nota que decía:

"Estos proyectos son obra de un loco. Quien los escribió, que venga a ejecutarlos.

Scherrer."

Y Napoleón Bonaparte, vió de aquel modo rodar por tierra sus primeros anhelos de gloria.

Francia agonizaba, falta de pan. En todas partes la gente se moría de hambre. Una miseria espantosa, que sobrepasaba a toda ima-

ginación, agobiaba al pueblo de la República y ésta, falta de un hombre que se pusiera al frente, se desmoronaba como un castillo de naipes.

\*El día 12 del Vendimiarlo los Realistas llegaron hasta el Puente Nuevo y marchaban hacia París. Barrás el Presidente de la Convención, comprendió que las medidas habían de adoptarse enérgicamente. Conoció las heroicidades de Napoleón en la batalla de Tolón, y en aquellos momentos de apuro, pensó que aquel hombre podía salvar a la República.

Fué a buscarlo, y aquella noche, al entrar Napoleón en el "Club des Cordeliers", entró definitivamente en la Historia, para no abandonarla más.

Su presencia fué saludada con vítores por toda la asamblea y él, gritando sobre todos, exclamó:

\*—¡A vuestros sitios, señores!

También Bonaparte adivinó la inminencia del peligro y ordenó dar las armas a todos los soldados y recoger cuantas hubieran en las casas particulares.

Una vez armada la guarnición de París, tomó al azar uno de sus jefes y le ordenó:

\*Me gusta tu porte. Vas a ir a la cabeza de trescientos jinetes, a traermé los cuarenta cañones de los Sablons, que deberán estar aquí a la una de la madrugada.

—¡A sus órdenes!— exclamó el otro oficial dando a entender que sería cumplida la orden de Napoleón, pero antes que se marchara le dijo éste nuevamente:

\*—¿Cuál es tu nombre?

\*—Murat, mi general.

Y de esta forma el 14, al mediodía, París estaba ocupado militarmente y el peligro estaba conjurado.

El genio de Napoleón se demostró ya en aquel tiempo con el solo hecho de tomar las medidas de defensa que hicieron abortar el movimiento realista, reduciéndolo a algunas escaramuzas sin importancia.

Aquella suerte inesperada, aquella suerte instantánea, por así decirlo, había hecho de un joven de veinte y seis años, poco antes anulado, uno de los primeros personajes de Francia, y Barras, en la próxima asamblea, propuso el nombramiento de General en Jefe del Ejército del Interior a Napoleón Bonaparte.

Este nombramiento fué acogido con las mayores muestras de agrado por parte de todos y Bonaparte, hombre escaso de palabras, no supo dar las gracias de otra manera que diciendo:

\*—¡Desde esta mañana la Revolución soy yo!

\*En aquella reacción febril de la vida contra la muerte, una sed de alegría se apoderó



—7. Ciudad, general Huchet. ¡Voy a quitaros vuestro reino!



de Francia entera, 644 bailes se abrieron en algunos días sobre las tumbas de las víctimas del Terror, y a aquellos acudían los personajes más célebres de la época, conlundiéndose con toda clase de gente.

La belleza de la mujer había vuelto a enseñorearse de los salones y la repentina celebridad de Napoleón se eclipsaba, sin embargo, ante la gracia de las tres mujeres famosas del momento: Madame Tallien, Madame Recamier y Madame Josefina de Beauharnais.

Al entrar esta última en el baile, donde estaba Bonaparte, hizo éste un gesto de admiración y corrió a su lado para saludarla.

Ella acompañaba al general Hoche y éste, que conocía el temperamento de Napoleón, le propuso:

—General, tengo entendido que no os agrada el baile. ¿Queréis aceptar una partida de ajedrez?

—Si lo decis para demostrar nuestra táctica militar, no tengo inconveniente.

Media hora después, Josefina, que presenciaba la partida, comprobaba que Bonaparte era mejor general de lo que parecía y el célebre corso, le dijo irónicamente a su contrario en el juego:

\*—¡Cuidado, general Hoche! ¡Os confiáis demasiado y voy a quitaros vuestra reina!



La amistad de Josefina y Bonaparte se estrecha más

Así fué, en efecto, y Hoche al poco rato declaró su derrota diciendo:

—He perdido. Decididamente sois mejor general que yo.

Josefina, mujer de una prespicacia poco común, vió en la figura de Napoleón, al hombre que no tardaría en regir los designios de Francia. Sus hechos, en aquellos críticos momentos, la aureola que ya empezaba a nublarse el nombre de Bonaparte y todo cuanto se refería a la vida del gran hombre, se lo hicieron adivinar tal y como había de ser y desde aquel momento empleó todas sus armas seductoras para atraerse al que, dentro de poco, tenía que ser el dueño de casi toda Europa.

Dejó salir al general Hoche y mirando sugestivamente a Napoleón, mientras fingía cubrir el rubor con su abanico, que manejaba coquetonamente, le preguntó:

—¿Cuáles son las armas que más teméis, general?

\*—Los abanicos, señora—contestó Bonaparte.

—Es extraño que un hombre del valor que dicen que tenéis, tema a un objeto tan inofensivo, como es un abanico.

—Nada tiene de extraordinario, señora—explicó el futuro emperador—. Contra las armas se pueden oponer otras que las inutilicen, contra la coquetería de una mujer que llega

a interesarnos, no hay otro recurso que rendir la plaza.

Desde aquel instante la amistad de Josefina y de Bonaparte se estrechó más y al despedirse se habían prometido, con una elocuente mirada, una próxima visita.

Bonaparte, que había hecho recoger las armas de las casas particulares, recibió un día una súplica inesperada, que salía de los labios ingenuos del hijo de Josefina.

El pequeño había ido al cuartel y postrándose ante el general le dijo:

—Señor, os pido autorización para conservar esta espada de mi padre, el Conde Alejandro de Beauharnais.

—¿Y para qué quieres tú esa espada?—le preguntó Napoleón, bromeando con él.

—¿Para poder luchar contra los enemigos de mi patria—replicó el muchacho.

La contestación del chiquillo dejó sorprendido al corso, que levantándolo del suelo, le dijo:

—Puedes estar tranquilo, que nadie te obligará a abandonar esa espada.

\*Y al día siguiente para dar las gracias al general, por aquella deferencia, se presentó acompañada de su hijo, la propia Josefina.

La belleza de aquella mujer había hecho nacer en el corazón de Napoleón un volcán amoroso y su sola presencia era suficiente para que el célebre hombre quedase corta-



do, sin encontrar palabras con que poder expresar su admiración. Hombre rudo, más habituado a las lides de guerra que a las del amor, era para él un verdadero suplicio el tener que expresar sus sentimientos a la mujer que ya adoraba.

Hizo salir de su cuarto a todos los oficiales y solo con ella permaneció gran rato contemplándola en silencio.

De sobra sabía Josefina lo que aquel mutismo significaba y para romper el eterno silencio que se había interpuesto, exclamó sonriendo deliciosamente:

—En verdad, general, cuando es calláis, no se os puede atajar.

Pero por única respuesta el general no supo hacer otra cosa que apoderarse de una de las preciosas manos de Josefina y besarla apasionadamente.

Era Josefina una flor delicada de los salones, inconsciente, amoral, seductora, verdadera alma de artista que había aprisionado entre las redes de sus encantos el corazón de Bonaparte y todos los días, en el parque, para él encantado, de la mansión de Josefina, Bonaparte olvidaba sus graves preocupaciones, para entregarse por completo a la dicha de hablar con la mujer anhelada.

\*En el mismo parque, una sombra blanca, la de Violina, seguía con mirada ardiente, un día y otro día, los pasos firmes del general.



Era para él un verdadero suplicio el tener que expresar sus sentimientos a la mujer que ya adoraba.

Un amor tan violento, como silencioso la dominaba: "amor que sonaba en los oídos como una arpa que se rompe", dice Masson, al hablar de ella.

\*Violina, cuyo verdadero nombre era Eugenia Deseada Clary, amaba a Bonaparte con una ternura desgarradora, mucho mayor, cuando veía que su amor era un imposible.

En uno de estos días, cuando menos lo esperaba Napoleón, entró su ayudante con un pliego del Ministro de la Guerra y se lo entregó a su jefe diciéndole:

—¡Acabáis de ser nombrado General en Jefe del Ejército de Italia!... ¡Aquí os traigo el nombramiento!

Recogió Bonaparte el papel que le entregaba y sin mostrar la menor sorpresa, ni emoción, lo leyó tranquilamente.

¡Por fin, veía sus sueños realizados! ¡Por fin había llegado la hora de poner en práctica aquellos proyectos que fueron calificados de obra de un loco! El demostraría al mundo entero, que era capaz de salir victorioso de una campaña en la que habían fracasado los generales más célebres de la República.

Pero después de este pensamiento, otro más fuerte vino a dominarle, el recuerdo de Josefina y al estudiar en la bola terráquea, los puntos por donde podía atacar a Italia el rostro de la Beauharnais se le aparecía, ofreciéndole sus labios, como una promesa de

dicha infinita, de amor no saciado, de refinada voluptuosidad...

Inmediatamente se fué a casa de Josefina y sin esperar la menor respuesta de ésta, sino ordenando, como dueño absoluto, la dijo:

\*—¡Casémonos, señor!... ¡Pronto, un notario... las amonestaciones... las actas!

¡Pero estáis loco, general!—exclamó Josefina, que no podía comprender aquella exaltación de su amigo.

\*—No estoy loco, es que he sido nombrado General en Jefe del Ejército de Italia y me he señalado tres meses de plazo para conquistarla y poderosla ofrecer.

\*Y de esta forma, tan imprevista, tan repentina, sin más intermediarios que el Presidente Barras, el 9 de marzo de 1796, a las diez de la noche, ante M. Leclercq, oficial del Estado Civil, la boda debía celebrarse... pero la hora había sonado y el novio no llegaba.

Nadie podía comprender aquella tardanza. Las horas iban transcurriendo y Napoleón no llegaba. Dieron las doce, y en vista de la tardanza, el Presidente Barras ordenó que fueran en busca de Napoleón, a quien encontró el enviado tirado en el suelo estudiando los planos de la próxima campaña.

Su asombro no tuvo límites cuando lo vio en aquella actitud y le preguntó:

—¿Y vuestro casamiento, señor? Hace dos



horas que vuestra prometida y los testigos esperan que os presentéis.

—¡Es verdad, Había olvidado que hoy era el día señalado para mi matrimonio.

Recogió la ropa que había echado momentos antes sobre la cama, y haciéndose vestir por el mismo que le había avisado, llegó a donde estaba Josefina.

Aquel acto desconcertó por completo a la dama, que no sabía que pensar de Napoleón.

Su mirada penetrante, su faz de aguila y todos sus ademanes le hicieron concebir un oculto temor, que no se atrevió a descubrir.

Bonaparte con la impaciencia propia de su carácter, ordenó a M. Leclercq, que pausadamente leía los artículos de la ley para celebrar la unión:

\*—¡Más deprisa, señor!

Cumplió el oficial la orden, pero nuevamente insistió el general.

\*—¡Pasad toda esa paja y casadnos cuanto antes. El tiempo vale mucho y es necesario aprovecharlo en cosas útiles!

El buen Leclercq pasó al final de la ceremonia y, casi puede decirse que la empezó, diciendo:

—En nombre de la Ley, ¿queréis tomar por esposa a Josefina de Beauharnais?

¡Sí! exclamó secamente Bonaparte.

Hizo la misma pregunta a la dama y ésta,

en el momento de firmar su consentimiento, no pudo menos que decirle a Barras:

\*—Me da miedo vuestro Buena-Parte!

\*—Perded ese temor, señora —repuso el Presidente—. Es un carácter algo impulsivo, pero que os ama con toda la fogosidad de su juventud.

## !! ACONTECIMIENTO !!

### LAS GRANDES NOVELAS DE LA PANTALLA

(La Primera de las Novelas Cinematográficas)

publicó en el presente mes la adaptación literaria de la famosa película

## El Gaucho

Asunto de máximo interés, fe y amor.  
Por el gran DOUGLAS FAIRBANKS

PRECIO

1'50 pts.

Pedidos a

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

## QUINTA PARTE

Napoleón pasó dos días de delirio amoroso, mezclando a sus embriagueces de amante, sueños de gloria y de grandeza, y en la noche del 21 Ventoso del año IV, de la Revolución, con cuarenta mil francos por toda fortuna para repartir entre todo su ejército de Italia, partió para el frente, con el rostro tan pálido, bajo los cabellos en desorden; la figura tan estilizada, que parecía estar al borde de la tumba, miserable lastimoso, herético, la boca cerrada y la mirada velada.

Al partir, dos mujeres quedaban suspirando por él, el amor imposible de Violina y el amor logrado de Josefina.

No quiso partir de París sin templar su alma en la hoguera de la Revolución, y ante el edificio de la Convención, desierto a aquella hora, hizo detener misteriosamente su carroza.

Hay que recordar que Napoleón fué en su juventud un hombre de su siglo, un revolu-

cionario, un republicano acerrimo y que amaba a la República como a su propia vida. En la inmensa sala donde se celebraban las asambleas la figura de Napoleón parecía empuñada. Pero, sin embargo, al encontrarse subido en la misma tribuna, desde donde se condenó a los Girondinos, Bonaparte sentía que en su alma renacían nuevos impulsos de valor y audacia.

Por un efecto de alucinación, cuando fué a salir vió surgir la figura de Dantón y oyó su voz que le decía:

—Escucha Napoleón ¡La Revolución francesa va a hablarte!

Tras Dantón aparecieron sucesivamente las figuras más sobresalientes de la Revolución: Robespierre, Marat, Saint-Just. Parecían que habían abandonado sus tumbas para sostener esta última conversación con el que, desde aquel día, iba a sostener sobre sus hombros, todo el peso de Francia.

—Hemos comprendido que la Revolución no puede prosperar sin una fuerte autoridad. ¿Quieres tú ser el jefe?— continuó oyendo decir a Dantón.

—¡Sí!—repuso energicamente Napoleón, como si en efecto estuviera delante del gran revolucionario.

—Si la revolución no se entiende más allá de las fronteras, morirá, ¿quieres tú introducirla en Europa?— oyó decir a Robespierre.

—¡Sí!—volvió a repetir Bonaparte.



La figura elegante, atractiva, a pesar de su sed insaciable de víctimas, de Saint-Just, se adelantó a la de todos y dijo:

—¡Palabra de Saint-Just! ¡Si olvidas algún día de que eres el heredero directo de la Revolución, nosotros nos volveremos terribles contra ti! ¿Lo recordarás?

Pero antes de que pudiera contestar la voz cavernosa de Marat hirió sus oídos, diciéndole:

—La liberación de los pueblos oprimidos, la fusión de los grandes intereses europeos, la supresión de las fronteras y la República Universal.

"Europa no formará bien pronto más que un mismo pueblo, y cada uno al viajar por todas partes, se encontrará siempre en la patria común. Para alcanzar ese fin sagrado, serán necesarias muchas guerras, pero yo lo pregonó aquí para la posteridad; las victorias se realizarán un día sin cañones ni bayonetas.

Y su alucinación era tanta en aquellos instantes, tan poseído estaba de que todo lo que oía era cierto y de que las figuras de Robespierre, Danton, Marat y Saint-Just, en vez de sombras, creadas por su imaginación exaltada, eran una nueva encarnación de sus mismas almas que vió de pronto repleta la sala por el público y las notas vibrantes de la Marsellesa, desgarraron el silencio de la noche.

Era la misma Revolución que venía a indicarle el camino que había de seguir, a recordarle que era el elegido por el Destino para salvar a la nación de las calamidades que sobre ella pesaban; y de allí salió Napoleón Bonaparte hecho un hombre distinto; su alma se había templado en la llama purificadora de la Revolución y su corazón ansiaba el momento de demostrar de que era digno de la confianza que le había otorgado el país.

Algunas horas después, se dirigía a marchas forzadas camino de Italia y en el interior de su carroza, con el pensamiento puesto en Joseína le escribía una de sus apasionadas cartas de amor en la que le decía:

\*Cada instante que pasa me aleja más de ti, adorable amiga, y cada instante encuentro menos fuerzas para soportar esta separación.

\*Te envío un millón de besos, pero no me los devuelvas, porque los tuyos queman mi sangre.

"Bonaparte."

Pero este pensamiento no le hacía, por eso, olvidar su misión y a cada instante daba las órdenes necesarias para la gente que con él marchaban hacia el frente italiano.

Subsistencias, Directorio, Servicio de Municiones, Ambulancias... todo se agitaba en su mente, sin que el menor detalle se le pasara

y, desde el interior de su coche, parecía estar mandando una de las tantas batallas que, poco tiempo después, debían grabar su nombre en la página más vibrante de la Historia de Francia.

La carroza volaba por los tortuosos senderos que conducían hacia donde estaba el cuerpo del ejército francés, pero, sin embargo, no marchaba tan rápidamente como el deseaba. Desesperado por esta lentitud, la hizo detener y tomando un caballo, siguió el camino hacia la frontera italiana.

Era en Albenga donde estaba el Estado Mayor del Ejército de Italia, y allí se hallaban Sérurier, La Harpe, Victor Cervoni, Mouret, Dujard, Dommartin, Joubert, y dominando este grupo de hombres célebres, el gran Masséna y el invencible Augereau.

Conocían estos generales la disposición del Gobierno, entregándole el mando de las tropas al joven general Bonaparte y la indignación que sentían les hacía exclamar simultáneamente:

—¡No podemos consentir este bochorno! ¡Imponernos ese afeñique de Bonaparte, ese pequeño general de callejuela! ¡A fe de Augereau, que me niego a obedecer! ¡Yo le soltaré las verdades a la cara!... ¿Y tú Masséna?

—¡Qué venga!—exclamó por toda contestación el aludido.

Y cuando Napoleón Bonaparte se presen-



— La campaña de Italia va a abrirse.

tó a los generales que debían combatir con él, encontró en todos ellos, en vez de amigos, los enemigos más hostiles que pudo concebir.

No se dignaron siquiera salir a recibirle y cuando el nuevo jefe se presentó ante ellos, le volvieron despreciativamente la espalda, como si no se hubieran dado cuenta de su llegada.

Era demasiado enérgico el temperamento de Bonaparte para amilanarse por tal recibimiento. Esperaba que éste fuera bastante frío



y cuando pudo comprobar sus sospechas, se quitó el sombrero y arrojó, con gran estrépito, sobre la mesa el sable que llevaba. Al ruido se volvieron los demás generales y Napoleón, retándolos con la mirada, sin dar la menor orden, sin hacer el menor gesto, los obligó a que uno a uno fueran levantándose y descubriéndose, en señal de respeto y disciplina.

La parte más enojosa de su llegada estaba ya hecha, ahora sólo faltaba hacer valer sus derechos de jefe y para eso llamó a uno de sus oficiales y se lo presentó a los generales diciéndoles:

—Os presento a Berthier, mi jefe de Estado Mayor.

Extendió el alucido unos planos, los mismos que en otro tiempo trazara Napoleón, y continuó éste diciendo:

—Augereau, Masséna, Victor, La Harpe, Sérurier, la campaña de Italia va a abrirse; preparad vuestras divisiones.

—¿Cómo!—exclamaron todos a un tiempo asombrados—. ¡Tenemos treinta mil hombres en harapos para oponer a cien mil enemigos, y treinta piezas de artillería para ponerle contra doscientas! ¿Y pensáis tomar la ofensiva?

—Esa es mi opinión—respondió Napoleón en un tono que no daba lugar a réplica—. Or-

denad que dentro de una hora habrá revista general.

—Se cumplirán vuestras órdenes—contestaron, a la vez que partían para hacerlo así.

Desde aquel momento Napoleón iba a ponerse frente a frente con el Destino. El primer paso ya estaba dado y era ya inútil volver atrás. Un recuerdo angustioso vino a torturarlo en aquel momento decisivo, la imagen de Josefina se interponía otra vez entre sus sueños de gloria y sus sentimientos amorosos. Sacó el retrato de la mujer amada y le escribió una nueva carta que decía.

"Mi vida es una pesadilla sin ti. Un presentimiento funesto me impide respirar. No vivo. He perdido más que la vida, más que la felicidad, más que el reposo. Estoy casi sin fuerzas, sin esperanzas. Te lo suplico, consuélanme.

"Bonaparte."

## SEXTA PARTE

En unas cuantas horas, Napoleón vió formarse en torno de él una llamarada de entusiasmo, repentina, inaudita, casi milagrosa. ¡El jefe estaba allí! Y aquella noche, por primera vez, el ejército entero se durmió confiado en el porvenir.

A la mañana siguiente, 11 de abril de 1796 aquella multitud andrajosa y hambrienta, se despertó con el espíritu heroico del Gran Ejército. Si acaso algo faltaba para exaltar su espíritu, Napoleón supo hacerlo diciéndoles:

«—¡Soldados! Estáis desnudos, mal alimentados, el Gobierno os debe mucho... y no puede dároslo. Vuestra paciencia, el valor que mostráis en medio de estos riesgos, son admirables, pero no os procuran ninguna gloria. Yo quiero conducirlos a las planicies más fértiles del mundo... Ricas provincias, grandes ciudades caerán en vuestro poder y encontrareis honor, gloria y riqueza...

—¡Soldados de Francia! ¿Os faltará valor o constancia?

—¡No!—fué el grito que atronó el espacio repetido por treinta mil bocas.

Y vuelto hacia Italia, el tentador les enseñaba la Tierra Prometida! El sería quien los conduciría!

\*—Delante de mí—siguió diciendo—a trescientos metros por debajo, las llanuras italianas, los arroyos que centellean como yataganes de oro, las inmensas y fértiles planicies de Piamonte, nos ahren sus brazos... Soldados de Francia, yo os prometo la victoria!

Por un milagro e rapidez, dos horas después el gran ejército estaba en marcha. Europa, asombrada, iba a ver elevarse en unos cuantos días un astro que iba a cambiar la faz del mundo.

El primer contacto con las fuerzas enemigas fué tremendo. El número superior de los contrarios parecía que iba a hundir el pequeño ejército que mandaba Napoleón. Pero allí estaba él, el alma de la guerra, que con su sonrisa irónica ordenaba tranquilamente todos los movimientos. Los soldados enardecidos por la actitud de sus jefes, luchaban desesperadamente. Eran treinta mil hombres y parecían, por el brío de su ataque, un ejército de millones. Cada vez la pelea era más encarnizada: el ruido de los cañones, mez-



clándose con los toques de cornetas y los jayes! de los heridos y moribundos, hacían presagiar el fin de la humanidad, pero el ánimo de los combatientes no decaía. Las órdenes eran cumplidas al instante y cuarenta y ocho horas después Napoleón, sonriente, abría las puertas de Italia en Montenotte y por aquella puerta abierta penetró la corriente más vehemente y más rica de poder humano que jamás la Historia haya visto desencadenarse.

El 18 de abril de 1796, habiéndose adelantado a todo el ejército y al Estado Mayor, Napoleón se situó en las cimas de Montezemolo a 2.700 pies de altura. Un suspiro ensanchó el pecho del caudillo, que exclamó:

«—¡Italia, Italia, ya eres mía!

Y mientras que los Mendigos de la Gloria, con el estómago vacío y las cabeza llena de bálicas canciones, cambiaban la Historia por la Epopeya, el alma de Napoleón, arrebatada por fantástico delirio, jugaba con las nubes a destruir y construir mundos. Había subido el primer peldaño de la Gloria. Sus anhelos de ambición, de poderío y de dominio empezaban a verse satisfechos. Vió a Italia ya en su poder. Después de ella Europa entera. Su palabra, su juramento, hecho momentos antes de su partida en la sala de la Convención, empezaba a realizarse. La Repúbli-

ca Universal tenía ya una piedra en la que cimentar el imponente edificio que pensaba construir. Las almas de Dantón, Robespierre, Marat, y Saint—Just, estarían satisfechas del principio de su obra. La semilla regada con tanta sangre de mártires, empezaba a dar su fruto. Pero todo aquello era, no obstante, insignificante para lo que su pensamiento tramaba.

\* \* \*

Y en aquellos momentos de victoria, cuando la aureola de la gloria empezaba a rodearlo como a un nuevo profeta, el imperio de la carne le hizo descender del celeste paraíso a donde lo había elevado su imaginación. La imagen de Josefina volvió a aparecersele, su boca, cayendo precisamente sobre París, le ofrecía el beso tentador de sus labios rojos como una rosa y fuerte, embriagador, narcotizante, como el de un vino poderoso. Los caballos corriendo, las cornetas y tambores tocando la marcha de la vuelta triunfal, los gritos de los soldados enardecidos por la victoria, el mundo rodando alrededor de su cabeza, como ofreciéndosele sumiso, el recuerdo de Josefina... Todo desfilaba

en su cerebro como una cabalgata apocalíptica que hacía que su delirio fuese mayor. Su fantasía había construido un mundo y la realidad se lo presentaba tal como lo había concebido.

\*Y el águila simbólica, que una y otra vez dejó el ruido de su aleteo en la vida de Bonaparte, rimó, en aquel instante, en el cielo la marcha de los ejércitos vencedores.

*FIN*



— GRAN ÉXITO EN —  
SELECCION DE BIBLIOTECA FILMS

# EL CIRCO



Emocionante novela de  
asunto cómico y fondo  
dramático, creación del  
gran actor e inimitable

**Charles Chaplin**

**"CHARLOT"**

PRECIO DE LA OBRA: 50 CENTIMOS

Pedidos a BIBLIOTECA FILMS. Apartado 707-Barcelona